



La información es poder

Ser humano y gobierno | Edición impresa

México, DF, viernes, 05-09-08 - 22:30 | Actualizado: 20:17 (hace 2 horas)

[RSS El Economista](#) » Edición impresa

Ser humano y gobierno

El hombre (en el sentido genérico) es un ser inteligente y creativo, pero también ambicioso y envidioso.

El problema del ser humano: ser humano. El hombre (en el sentido genérico) es un ser inteligente y creativo, pero también ambicioso y envidioso. Nuestra racionalidad que enaltece al individuo con facilidad, lo vuelca mezquino, cicatero, grosero, gorrón y dueño. Así, como humanos, jugamos entre dimensiones virtuosas y viciosas. El mismo rasgo conductual que nos hace aventureros nos provoca temerarios; que nos hace luchadores nos provoca aplastadores; que nos hace ingeniosos, nos provoca gorriones; que nos hace constructores nos provoca destructores; que nos hace vivir nos provoca necrofilia. La perversión de nuestra conducta ha generado pobreza, criminalidad, deforestación, contaminación, ruido. Todos estos males sociales no son más que manifestaciones de conductas individuales que el sistema social, organizado, devenido en Estado y gobierno, ha diseminado como degeneración de la conducta. Conductas de muchos conforman culturas. Las culturas son fertilidad de la conducta. Por tanto, los sistemas que asignan normas, las exigen y las ejecutan, en realidad se convierten en culturas.

Al principio de la humanidad, antes de la civilización, las normas de la interacción humana eran muy sencillas: drásticas pero simples. Nacer, cazar, comer, asombrarse y morir. Con el tiempo, transitamos a la agricultura y domesticación; nos sofisticamos e inventamos las organizaciones políticas. Tratamos con ello de civilizar nuestras interacciones y transacciones. Pero en nuestro afán de organizarnos sembramos la raíz de nuestros males: gobiernos. ¿Por qué? Porque en realidad tanto los gobiernos como los estados que representan son entelequias, constructos que como humanidad hemos erigido para dizque ordenar quehaceres e interacciones.

Pero los gobiernos y los estados están integrados por seres humanos. Y los seres humanos saben muy bien esto de la ambición, de la envidia y del individualismo a ultranza. De allí el uso de lo público para interés privado.

Gracias a una colonización destructiva, segregacionista, fetichista y subyugante, devinimos en una especie de melcocha cultural, donde el abuso y abusado; la envidia y el envidioso; la riqueza y el rico; la mezquindad y el gorrón se convirtieron en valores culturales a ultranza. Es abusado el que saca provecho; quien se adueña de las calles; quien maximiza renta; quien explota, vamos el que “gana”.

Por ósmosis cultural, estas taras de la conducta se convierten en “virtudes”. Y quienes nos representan en gobiernos, por su condición de humanos “aculturados”, con cultura degenerada, se han convertido en ambiciosos, en políticos que cuando detentan oficina, las convierten en trampolín para acumular riqueza, fama, poder. Ésta es la fuente de la deforestación, la criminalidad, la pobreza y el estancamiento: crecer no

es suficiente. Tomemos el ejemplo concreto de la mancha urbana sobre las indefensas zonas verdes. Siempre convendrá a los intereses de los mezquinos presidentes municipales, autorizar construcciones sin límite. ¿Por qué? Porque los árboles no pagan predial, Tenencia, derechos y contribuciones. Lo que en esencia debía construirnos y desarrollarnos es lo que nos destruye.

Esta teoría de los males sociales o comunes se conoce muy bien en México. Los años pasan, políticos van y vienen que no logramos entronizar la causa humana. Vemos deterioro social provocado por alcaldes y gobernantes donde lo único que importa es la maximización de la renta fiscal y, en consecuencia, personal. Obsérvese lo que sucede con el crecimiento desordenado de las ciudades y alrededores. En niveles nacional y estatales las cosas no están mejor. Con un afán centralista los impuestos crecen y las interacciones humanas sucumben ante la voluntad de unos cuantos. Hemos construido un embrollo político; una especie de poliarquía aristotélica pero al revés, donde con ironía sarcástica la democracia ha creado una oligarquía que la obnubila.

eandere@mexico.com

Crédito: **Eduardo Andere M.**

Lea mas en **Mundo 52**

El estilo **de vida** de **EL ECONOMISTA**